



SERIE TIEMPO DE BUSCAR

¿Somos los únicos en el Cosmos?

La fe bíblica y la vida extraterrestre

VERNON GROUNDS

CONTENIDO

| | |
|---|----|
| El asunto de la vida extraterrestre | 2 |
| Es posible que haya vida en alguna otra parte | 7 |
| <i>Razones científicas para ser escépticos</i> | 8 |
| <i>Un argumento teológico contra el escepticismo</i> | 12 |
| <i>Razones bíblicas para ser escépticos</i> | 15 |
| <i>Los efectos cósmicos de la cruz del calvario</i> | 20 |
| ¿Mejoraría la condición humana si se descubriera vida extraterrestre? | 22 |
| ¿Es muy pequeña nuestra perspectiva de Dios? | 28 |
| El rescate del planeta tierra | 32 |

¿SOMOS LOS ÚNICOS EN EL COSMOS?

Si hubiera vida similar a la nuestra en algún lugar, ¿qué significaría eso para los seguidores de Cristo? Algunos han especulado que desafiaría la confiabilidad de la Biblia. Pero, ¿es eso cierto? ¿Es la Palabra de Dios a la humanidad demasiado limitada como para no explicar la posibilidad de otros seres creados en galaxias distantes?

En este librito, el doctor Vernon Grounds, cancellor del Denver Seminary, confirma que nuestro Dios y su Palabra son «lo suficientemente grandes» como para enfrentar todos los desafíos del universo.

Martin R. De Haan II

EL ASUNTO DE LA VIDA EXTRATERRESTRE

Durante siglos los teólogos han especulado sobre lo que significaría para la gente religiosa del mundo descubrir que la humanidad no es la única forma de vida «avanzada» en el cosmos. En particular, ¿qué significaría el descubrimiento para los seguidores de Cristo? Esa es una pregunta que no va a desaparecer. Y si los cristianos no la abordan, Hollywood pronto se va a adueñar de ella.

Al menos desde los tiempos de los antiguos griegos hasta hoy se ha especulado sobre si existen otras civilizaciones en algún lugar del espacio. Es una idea que la industria del cine ha hecho muy popular, y en la década pasada se han hecho varias películas que asumen que no somos los únicos. La creencia de

que existe vida extraterrestre (ET) inteligente es el alma de la perennemente popular serie Viaje a las estrellas. Además, las mismas noticias científicas han mantenido el tema en las primeras páginas de nuestros periódicos: un meteorito hallado en la Antártica se supone que proporciona evidencia de vida primitiva en Marte; el aparente descubrimiento de planetas que existen en otros sistemas solares; la muerte de Carl Sagan, veterano en la búsqueda extraterrestre. Hasta la NASA ha hecho del «contacto ET» un elemento importante en su investigación.

LA BÚSQUEDA DE ET

Universidades de todo el mundo tienen proyectos de investigación bien pagados dedicados a la «búsqueda de inteligencia extraterrestre» (BIT); [SETI en inglés]. Tal vez el más conocido de todos sea el proyecto llevado a cabo por

la Universidad de California en Berkeley. Usando el gigantesco radiotelescopio que hay en Arecibo, Puerto Rico, el Instituto SETI de la Universidad de California recibe y analiza el «ruido» de trasfondo cósmico que llega a la Tierra desde la periferia de nuestra galaxia y más allá aún. El proyecto SETI de Berkeley también utiliza las computadoras personales (PCs) de más de un millón de personas, corporaciones y universidades de todo el mundo cuando sus usuarios no están activamente conectados. Mientras estos voluntarios duermen o no están usando sus computadoras, «SETI en el hogar» envía conjuntos de «señales» a sus computadoras, que normalmente están ociosas, para examinarlas y encontrar una posible evidencia de una transmisión deliberada procedente de alguna otra raza inteligente en cualquier lugar del universo.

NO ES UN ASUNTO NUEVO

Recientes especulaciones sobre este tema revivieron mis recuerdos. Me acordé de que en 1955 —sí, hace más de 45 años—, yo encontré unos artículos que mencionaban la posibilidad de que existieran otras civilizaciones inteligentes en algún lugar del universo.

Al menos desde los tiempos de los antiguos griegos hasta hoy se ha especulado sobre si existen otras civilizaciones en algún lugar del espacio.

De hecho, incluí parte de ese material en unos discursos que pronuncié en varias iglesias en los que hablaba del

posible impacto que tendría un descubrimiento como ese en la religión. El material que utilicé entonces es tanto apremiante

como pertinente. Por ejemplo, veamos la siguiente carta escrita por un señor llamado Edwin Aiken y publicada en la revista *Christian Century*, la revista más importante de la época del protestantismo troncal:

Recientes observaciones astronómicas pueden llevar a obtener resultados revolucionarios en el pensamiento humano. El telescopio Hale ha revelado la existencia en el universo de miles de millones de galaxias. (Una galaxia es un conjunto de una cantidad inmensa de estrellas y planetas, de los cuales nuestra Vía Láctea es un ejemplo.) A partir de este descubrimiento, el profesor Harlow Shapley, eminente astrónomo de la Universidad de Harvard,

llegó a la conclusión de que podrían existir 100 millones de tierras, pobladas de manera muy similar a esta Tierra. Si eso resulta ser verdad tendría un efecto tremendo en la perspectiva científica, religiosa y general del hombre. Debe notarse que todavía no hay pruebas de que se halle nada como la vida humana en otros planetas. Pero la probabilidad es tan alta y las consecuencias para la religión serían tan trascendentales que las publicaciones religiosas, los pensadores religiosos y los seminarios teológicos deben empezar a considerar con la mayor seriedad qué implica todo esto.

Esa carta, publicada en la edición del 25 de mayo de 1955 de la revista *Christian Century*, hizo que mi mente empezara a pensar más rápido de lo normal. Después de todo, yo trabajaba en un

seminario, así que sentía que la carta de Edwin Aiken era un desafío personal.

Más o menos al mismo tiempo, el 28 de mayo de 1955, apareció un artículo escrito por Robert S. Richardson, astrónomo de los observatorios de Mount Wilson y Palomar, en la revista *Saturday Review*, una publicación ya descontinuada. Con un título más bien sensacionalista, «Al día siguiente de nuestro aterrizaje en Marte», decía en parte:

Sin duda alguna, los hombres siempre han soñado con viajar a mundos lejanos más maravillosos (y presumiblemente) más felices que los suyos. Hasta hace muy poco, la idea de viajar más allá de la Tierra apenas era más que un vago sueño. De hecho, pocos contendieron alguna vez que pudiera ser algo más. Ahora, de repente, los avances espectaculares en la

técnica de los cohetes y la electrónica han hecho de los viajes espaciales una posibilidad en nuestra época, dentro de los próximos 10 años según algunos. La perspectiva que tenemos por delante es deslumbrante. Las oportunidades de descubrimiento parecen ilimitadas y nuestro entusiasmo por explorar el espacio es infinito.

***Parece increíble
que el nuestro sea
el único planeta
habitado entre los
millones de mundos
que deben existir
entre las estrellas.***

—Arthur C. Clarke

Unos meses después, el 26 de noviembre, la misma revista publicó otro artículo sobre este tema. En el famoso

artículo titulado *The Planets Are Not Enough* [Los planetas no son suficientes], el famoso astrofísico británico Arthur C. Clarke afirmó:

Parece increíble que el nuestro sea el único planeta habitado entre los millones de mundos que deben existir entre las estrellas, pero no podemos resolver este problema especulando al respecto. Si se puede resolver, será visitando otros planetas para verlos por nosotros mismos... Aunque las dificultades que presentan los viajes intersiderales son asombrosas, no son insuperables. No es cierto en absoluto que el hombre deba permanecer atrapado en el sistema solar por la eternidad, y que nunca sepa si es un excéntrico solitario sin hermanos y/o competidores... Los hombres que vivan en los próximos 500 ó 1.000 años tendrán motivaciones muy distintas a las nuestras,

pero si son hombres, seguirán sintiendo la ardiente curiosidad que nos ha llevado por este mundo y que está a punto de llevarnos al espacio. Tarde o temprano, llegaremos al borde del sistema solar y estaremos mirando al otro lado del máximo abismo. Puede que hagamos una pausa allí de siglos, para recobrar fuerzas. Luego llegaremos a las estrellas. Estas especulaciones hechas tiempo atrás, que ponían a trabajar la mente, me llevaron a considerar el tema de la vida extraterrestre y sus posibles implicaciones. Mis reflexiones de entonces me llevaron a algunas conclusiones tentativas acerca de dos preguntas centrales: (1) ¿Es posible que haya vida en algún otro lugar? y (2) ¿Mejoraría la condición humana con el descubrimiento de vida extraterrestre? El resto de este librito trata esas conclusiones, que todavía sostengo.

¿ES POSIBLE QUE HAYA VIDA EN ALGUNA OTRA PARTE?

Algunos astrónomos han sido enfáticamente afirmativos respecto a la existencia de vida extraterrestre. El doctor Harlow Shapley, antiguo director del Observatorio de la Universidad de Harvard, insistía en que podría haber millones de «tierras» habitadas por criaturas parecidas a nosotros. Esa opinión, expuesta por tan respetado científico, también fue apoyada por el difunto Carl Sagan.

Puesto que era una opinión tan firmemente respaldada, yo concluí que no se podía descartar sin más la probabilidad de que existiera vida igual a la nuestra en alguna otra parte. Pero en 1956 descubrí una verdad que debemos tener en cuenta siempre. En aquel entonces

no teníamos evidencia convincente para apoyar la creencia de que haya vida en alguna otra parte del cosmos.

Todavía no hay evidencia de vida extraterrestre. Esa creencia sigue siendo una conjetura: una suposición.

Y hoy, después de gastar miles de millones de dólares en investigación extraterrestre y en el desarrollo de una tecnología que nos proporcione millones más de datos y la capacidad de analizar miles de millones de trocitos de información, todavía no hay evidencia de vida extraterrestre. Esa creencia sigue siendo una conjetura: pura y simplemente una suposición.

RAZONES CIENTÍFICAS PARA SER ESCÉPTICOS

Hay buenas razones para ser escépticos. Considere las siguientes condiciones científicas necesarias para la vida:

Las condiciones necesarias para la vida son específicas y raras.

- Más allá de un cierto grado de calor, la materia organizada simplemente se desintegra, y la mayoría de los cuerpos celestiales son demasiado calientes para que haya vida en cualquier forma concebible.
- Más allá de un cierto grado de frío, no hay actividad posible, puesto que la materia se cuaja y se inmoviliza por congelamiento, y muchos de los cuerpos celestes son demasiado fríos para que haya vida como la nuestra.
- La vida requiere cierta atmósfera, y la naturaleza de una atmósfera está determinada por el tamaño

del planeta que rodea. Algunos de estos cuerpos son tan grandes que su atmósfera es demasiado pesada para sostener la vida; algunos son tan pequeños, que su atmósfera es demasiado enrarecida para sostener la vida.

- La vida requiere agua y algunos otros elementos específicos.

Por alguna curiosa coincidencia, nuestra Tierra tiene la combinación precisa de condiciones esenciales para que un planeta sea habitable.

La revista *Newsweek* del 4 de mayo de 1998 traía en la cubierta una foto ilustrando un artículo sobre «El nacimiento de los planetas». El artículo repetía lo que yo había concluido en mi investigación anterior. Las condiciones que sostienen la vida son extremadamente excepcionales en el cosmos más allá de nuestro propio planeta:

Los astrónomos han escrito una lista corta de las condiciones que ha de reunir un planeta que pueda sostener la vida. El primer requisito es que el planeta no esté en una «órbita transversal ilógica». Esa es una expresión técnica que significa que no puede estar en una ruta de colisión con un asteroide, cometa u otro planeta. Luego, el planeta tiene que ser fresco, lo cual significa que no puede estar demasiado cerca de la estrella, para que su corteza se pueda solidificar. La suerte ayuda también: un planeta que se forme lo suficientemente cerca de una estrella como para evitar congelarse, también está demasiado cerca para contener carbono, nitrógeno o agua. Estos químicos parecen ser necesarios para la vida, y todos se habrían vaporizado por causa de

una joven estrella caliente. Sin embargo, estos elementos se pueden solidificar más lejos, digamos alrededor de Júpiter. Con suerte, los cometas los habrían transportado hacia el nuevo planeta. Aparentemente, así fue como la Tierra fue sembrada de la materia prima para la vida. La vida también necesita una atmósfera. El vapor de agua, el dióxido de carbono y otros gases atrapados en una roca pueden formarla, pero el planeta tiene que ser lo suficientemente pesado como para que su gravedad pueda retenerla.

La Tierra es singularmente habitable. Por alguna extraña coincidencia, nuestra Tierra tiene la combinación precisa de condiciones esenciales para que un planeta sea habitable. Por tanto, nuestra Tierra es una especie de rareza, una de las

curiosidades del cosmos. El astrónomo cristiano Hugh Ross enumera 33 constantes diferentes en nuestro sistema solar que hacen que la Tierra sea capaz de sostener la vida humana. Después de calcular la probabilidad de que hubiera un planeta así en el cosmos, concluyó que es «mucho menos que una probabilidad en un millón de billones de que haya siquiera un planeta así en algún lugar del universo» (*The Creator And The Cosmos* [El creador y el cosmos], NavPress, 1995). Pero sí conocemos uno solo: la Tierra.

***La humanidad
es «una curiosa
casualidad en un
lugar apartado»
del universo.***

—Bertrand Russell

El astrónomo Geoffrey Marcey, uno de los

descubridores de los planetas que hay en nuestro sistema solar, comenta sobre el hecho aparentemente extraño de que los planetas de nuestro sistema solar roten en órbitas casi completamente circulares alrededor de nuestra estrella, hecho que hace posible la vida humana. Parece que otros planetas rotan alrededor de sus estrellas en órbitas ovaladas, lo que hace que las variaciones en la temperatura sean tan extremas, que la vida como la conocemos no puede existir en ellos. En su página Web, Marcey se refiere a este hecho como algo «extraordinariamente fortuito» para los seres humanos. Además afirma que «probablemente no sea por casualidad que nuestro sistema solar contenga órbitas circulares». Sin embargo, la palabra casualidad es la que muchos científicos y filósofos escépticos de la religión han estado usando durante décadas para describir la existencia de la

vida humana en la Tierra y en el cosmos. Bertrand Russell, por ejemplo, declaró en su libro *Religion And Science* [Religión y ciencia] (Oxford University Press, 1935) que la humanidad es «una curiosa casualidad en un lugar apartado» del universo.

El universo fue diseñado para la vida.

En otro frente, los centros de investigación científica están abrumados con información nueva que proporciona evidencia de que nuestro universo parece haber sido «sintonizado» para la vida humana desde el mismo principio. Esto se expresa en un concepto que los astrofísicos llaman «el principio antrópico». En pocas palabras, el principio antrópico dice que «todas las constantes que hay en la física, aparentemente arbitrarias y no relacionadas unas con otras, tienen una extraña cosa en común: esos son precisamente los valores que se necesitan si se quiere

tener un universo capaz de producir vida». Esa es la conclusión de Patrick Glynn, un ateo que se convirtió en creyente, en su libro *God: The Evidence* [Dios: La evidencia] (Prima Publishing, 1999). Glynn señala que «la imagen del universo que nos deja la ciencia más avanzada del siglo XX está más cerca en espíritu de la visión presentada en el libro de Génesis que cualquier cosa que haya ofrecido la ciencia desde Copérnico (hace unos 500 años).

De manera que tenemos este fascinante par de datos:

- (1) El universo mismo nos da evidencia de que fue diseñado desde el principio para producir vida humana.
- (2) Todos los otros factores conocidos en el universo llevan a la conclusión de que la vida humana sólo es posible en la Tierra. Es como si un embudo casi infinito hubiera dirigido todas las fuerzas y constantes del universo hasta llegar a lo que

Carl Sagan llamó «este puntito azul pálido» llamado Tierra. Parece que un Diseñador lo planificó todo. Al darse cuenta de eso, Robert Jastrow, otro astrónomo escéptico, comentó en su libro *God And The Astronomers* [Dios y los astrónomos] (Norton and Company, 1978): «Para el científico que ha vivido en el poder de la razón, la historia termina como un mal sueño. Él ya ha escalado las montañas de la ignorancia; está a punto de conquistar el pico más alto; cuando hace el esfuerzo para subir a la última roca, lo recibe un grupo de teólogos que ha estado sentado allí durante siglos».

A la luz de estos hechos, ¿a qué conclusión se llega? Es muy improbable que exista vida como la nuestra, o de cualquier otra especie, en algún lugar en el universo. *Puede* existir, claro. Sólo una cosa podemos afirmar definitivamente: nuestra Tierra es el único cuerpo celeste en el que *sabemos* existe la vida.

UN ARGUMENTO TEOLÓGICO CONTRA EL ESCEPTICISMO

No obstante, para poder tener un debate, asumamos que hay otras tierras, tal vez muchas, habitadas por seres de alguna manera similares a nosotros. ¿Destruye o modifica esa suposición la fe bíblica?

*¿Cómo pueden
los cristianos
afirmar que la
humanidad tiene una
significacióm especial
cuando apenas
somos más que
un grano de arena
en una especie de
Sahara cósmico?*

En las primeras décadas del siglo XIX, a medida que aumentaba la evidencia de que el cosmos no se puede

medir, se hizo popular una idea llamada «la objeción astronómica», la cual desafió a los creyentes con esta pregunta: ¿cómo pueden los cristianos afirmar que la humanidad tiene una significación especial cuando apenas somos algo más que un grano de arena en una especie de Sahara cósmico?

Thomas Chalmers, un eminente teólogo escocés del siglo XIX, también era un matemático de primera que entendía las teorías científicas que se proponían entonces. Consciente de que los incrédulos veían «la objeción astronómica» como un argumento aplastante contra la credibilidad de la fe cristiana, la confrontó. En 1816 dio una serie de charlas que se publicaron con el título *Astronomical Discourses* [Discursos astronómicos], en las cuales reconocía la insignificancia de nuestro globo comparado con la inmensidad del espacio:

¿No despierta sospecha sobre la verdad de la historia del evangelio la grandeza de ese campo, que la astronomía abre a la vista de la ciencia moderna? ¿Cómo podemos reconciliar la grandeza de ese maravilloso acto que tuvo lugar en el cielo para la redención del hombre caído, con la relativa mezquindad y obscuridad de nuestra especie? Ese es un argumento popular contra el cristianismo, no muy tratado en los libros, pero, según creemos, ampliamente insinuado en las conversaciones, el cual tiene una influencia no pequeña en los aficionados a una filosofía superficial. De cualquier forma, es correcto reconocer dicho argumento y confrontarlo valientemente; la manera más vergonzosa de rendirse de nuestra religión es actuando como si tuviera algo que temer

a la ingeniosidad de sus más consumados adversarios.

En verdad, mucho antes de que se inventara el telescopio, el salmista David se maravilló ante la pequeñez de nuestra morada humana en su contexto cósmico: «Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?» (Salmo 8:3-4).

***La Tierra sigue
siendo única entre
todos los cuerpos
celestes conocidos.
Hasta donde hemos
podido indagar,
es el único
planeta habitable
del cosmos.***

Nuestro contemporáneo Carl Sagan, quien escribió sobre los «millones de millones» de estrellas en las incontables galaxias que ahora sabemos existen, describe nuestra Tierra como algo «astronómicamente submicroscópico».

Chalmers refutó la «objección astronómica» afirmando que las creencias sobre el origen divino y la autoridad de la Biblia no serían amenazadas incluso si se encontrara vida inteligente en algún lugar que no fuera la Tierra:

El mundo en que vivimos es una bola de determinada magnitud y ocupa su propio lugar en el firmamento. Pero cuando exploramos otros trechos en ese espacio, que nos rodea por todas partes, nos movemos con otras bolas de igual o superior magnitud, y desde las cuales nuestra Tierra, o bien sería invisible, o parecería tan pequeña

como cualquiera de esas estrellas centelleantes que se ven en el cielo. Entonces, ¿por qué suponer que este punto, pequeño al menos en la inmensidad que lo rodea, debe ser la morada exclusiva de vida e inteligencia? ¿Qué razón hay para pensar que esos globos más poderosos que existen en otras partes de la creación, y que según hemos descubierto son mundos en magnitud, no son también mundos en uso y dignidad? ¿Por qué debemos pensar que el gran Arquitecto de la naturaleza, supremo en sabiduría y poder, haría que existieran esas majestuosas mansiones para luego dejarlas inhabitadas?

Aun si Chalmers estuviera equivocado en sus especulaciones respecto a la vida en otros planetas, su argumento demuestra que una persona que cree

en la Biblia no tiene que sentirse aprensiva ante esa posibilidad.

No obstante, debemos tener en cuenta que todavía no se ha hallado evidencia que la apoye. Nuestra Tierra sigue siendo única entre todos los cuerpos celestes conocidos. Hasta donde hemos podido indagar, es el único planeta habitable en el cosmos.

RAZONES BÍBLICAS PARA SER ESCÉPTICOS

Es importante que corriamos algunas de las ideas excesivamente desinformadas que prevalecen sobre la perspectiva bíblica del universo físico. En lugar de ser, o bien antropocéntrica (centrada en el hombre), o geocéntrica (centrada en la Tierra) en su perspectiva, la Biblia expone un punto de vista que está más allá de la realidad creada. No afirma que los humanos sean los únicos seres inteligentes y

las únicas personas en todo el espacio. Por el contrario, las Escrituras afirman que hay vastas multitudes de seres no humanos, inteligentes y personales, que habitan regiones que escapan la detección de nuestros telescopios y microscopios. Esos seres, que no tienen cuerpos materiales, son ángeles y demonios, grandes jerarquías de espíritus buenos y malos. Aunque la Biblia nos dice poco de ellos, sí dice que esas criaturas, sin excepción, están vitalmente preocupadas por el «insignificante» planeta en el que vivimos. De hecho, cuando estudiamos lo que dicen las Escrituras sobre la relación de nuestro planeta con el cosmos y estos espíritus, surgen tres verdades fascinantes: La Tierra es (1) el teatro del universo; (2) el campo de batalla del universo; y (3) la escuela del universo.

La Tierra es el teatro del universo.

Primero, este insignificante planeta es el teatro del universo. Los ángeles y los demonios observan por igual con fascinación las cosas que ocurren aquí, no los acontecimientos que estremecen al mundo y que proporcionan material para los historiadores, sino las cosas que pertenecen a la obra de la salvación divina. Los demonios esperan que se frustren los propósitos redentores de Dios; los ángeles esperan que esos propósitos se cumplan gloriosamente. De ahí que, mientras los ángeles observan, lo hacen con intensa solidaridad y preocupación, a veces regocijándose cuando se cumplen los propósitos de Dios, y otras veces entristecidos cuando los mismos se frustran. La reacción de los demonios es exactamente opuesta.

¿Le suena todo esto fantástico o le parece

increíble? Considere
1 Pedro 1:12.

*A éstos [a los profetas]
se les reveló que no para
sí mismos, sino para
nosotros, administraban
las cosas que ahora os son
anunciadas por los que os
han predicado el evangelio
por el Espíritu Santo
enviado del cielo; cosas
en las cuales anhelan
mirar los ángeles.*

***Nuestra Tierra
es el teatro mismo
del universo donde
se escenifica
el drama de la
redención ante un
vasto auditorio.***

Nótese las palabras «cosas
en las cuales anhelan mirar
los ángeles» y compárese con
1 Corintios 4:9.

*Porque según pienso,
Dios nos ha exhibido a*

*nosotros los apóstoles
como postreros, como a
sentenciados a muerte;
pues hemos llegado a ser
espectáculo al mundo, a
los ángeles y a los hombres.*

Los ángeles, pues, están
absortos en este espectáculo
de la redención. En resumen,
estos pasajes declaran que
nuestra Tierra es objeto de
interés de una hueste de seres
invisibles. Por tanto, nuestra
Tierra es el teatro mismo del
universo donde se escenifica
el drama de la redención
ante un vasto auditorio.
Los ángeles esperan que
la humanidad sea redimida.
Los demonios esperan que
sea destruida.

**La Tierra es el campo
de batalla del universo.**

Segundo, este insignificante
planeta es el campo de
batalla del universo. Es el
centro de la lucha cósmica.
Huestes de seres espirituales,
criaturas malvadas que son
inteligentes y personales, se
ponen en contra de Dios y de
sus seres humanos redimidos

intentando derrotar el amor y la misericordia divinos. El apóstol Pablo escribió:

Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes (Efesios 6:11-12).

Nuestro pequeño planeta es el campo de batalla entre el bien y el mal, entre el reino de la luz y el de las tinieblas.

Estos seres malvados están bajo la guía y el poder de Satanás, un líder maligno

cuya mente, voluntad y corazón son totalmente corruptos. Estos demonios tratan de cegar a los humanos a la verdad.

Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios (2 Corintios 4:3-4).

Además, como advirtiera Jesús, los demonios arrancan la semilla del evangelio mientras éste es proclamado, desviando la atención de los oyentes con vanidades seductoras de esta vida.

Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven (Lucas 8:12).

Por consiguiente, y por increíble que parezca, el

destino del cosmos se está decidiendo aquí en la Tierra. Nuestro pequeño planeta es el campo de batalla entre el bien y el mal, entre el reino de la luz y el de las tinieblas.

La Tierra es la escuela del universo.

Tercero, este insignificante planeta es la escuela del universo. Al observar las cosas que transpiran a nivel humano, los ángeles y los demonios aprenden sobre la bondad, el poder y la gracia de Dios. ¿Parece esto demasiado fantástico? Si es así, considere Efesios 3:10.

Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales.

Nuestras mentes no pueden comprender el contenido de la inagotable sabiduría de Dios. No obstante, Pablo afirmó categóricamente que los seres no humanos están aprendiendo ahora lecciones esenciales sobre Dios mientras

observan el drama de la redención que se escenifica en nuestra Tierra. Los ángeles, a medida que alcanzan nuevos niveles de entendimiento, son inspirados a un nuevo amor, una nueva adoración y una nueva obediencia. Hasta los demonios se dan cuenta de la verdad de la misericordia y el poder divinos, una realidad que reprimen ferozmente. Santiago hizo este enigmático comentario: «¡Los demonios creen y tiemblan!» (2:19). Pero un día de estos serán compelidos a confesar la verdad que ahora niegan (Filipenses 2:9-11).

Los seres no humanos están aprendiendo ahora lecciones esenciales sobre Dios mientras observan cómo se desenvuelve el drama de la redención en la Tierra.

Aunque nuestra Tierra es menos que una partícula de polvo en términos espaciales —como teatro, campo de batalla y escuela— es el centro espiritual del cosmos.

LOS EFECTOS CÓSMICOS DE LA CRUZ DEL CALVARIO

Suponga que existen otros mundos habitables. De ser así, puede que sean el hogar de seres no humanos inteligentes y personales. Podrían ser rebeldes contra Dios y por tanto, necesitar redención. Pero las Escrituras dicen claramente que no hay otra provisión, ni la habrá, que no sea Jesucristo (Juan 14:6; Hechos 4:12). Claro que no pertenecen a nuestra raza y por tanto, el Dios encarnado no murió —ni podría morir— por ellos como lo hizo por nosotros haciéndose como uno de nosotros por medio de su nacimiento virginal. No obstante, las influencias sanadoras, perdonadoras y salvadoras de la cruz del Calvario no se limitan a nuestra Tierra. ¡Todo lo contrario!

Según Pablo, Jesucristo es el Salvador cósmico cuya muerte irradia gracia,

misericordia y amor a las partes remotas de la creación de Dios.

Y por medio de él [de Cristo] reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz (Colosenses 1:20).

***Las influencias
sanadoras,
perdonadoras y
salvadoras de la
cruz del Calvario
no se limitan
exclusivamente a
nuestra Tierra.***

Las implicaciones de esta afirmación son asombrosas, pero su significado central es claro: los seres extraterrestres, criaturas que no son humanas, de alguna manera se benefician del sacrificio

de nuestro Señor. ¿No podríamos, entonces, usar este texto como trampolín para una osada cruzada de especulación santificada? Tal vez el mensaje del amor expiatorio de Dios de alguna manera sea comunicado a otros seres en el cosmos, siempre y cuando existan, y existan en un estado de pecado. Puede que la maravilla de la compasión divina revelada mediante la cruz capture sus mentes y corazones de tal manera que los lleve a confiar en Dios, obedecerle y servirle en gratitud.

Claro que todo esto es conjetura. Pero es una conjetura maravillosa. Si quiere divertirse aun más al dejar que la imaginación que Dios le dio viaje dentro de los límites de la verdad bíblica, lea la trilogía de ciencia ficción de C. S. Lewis. En sus obras *Out of the Silent Planet* [Fuera del planeta silente], *Perelandra* [Perelandra] y *That Hideous*

Strength [Esa espantosa fortaleza], Lewis considera algunas implicaciones teológicas, espirituales y sociológicas de largo alcance de las civilizaciones extraterrestres. Aunque estos libros fueron escritos hace más de 50 años, sus implicaciones tal vez sean aun más significativas hoy.

Por tanto, si alguna vez se descubren en el cosmos seres que de alguna manera se parezcan a nosotros, no tendremos que abandonar nuestra fe bíblica. Incluso si esta noche aterrizara en este planeta un visitante del espacio exterior, podríamos seguir aferrándonos a las Escrituras como la verdad de Dios. Podemos acomodar en nuestra perspectiva mundial la existencia de seres no divinos que no sean humanos. No hay nada en las Escrituras que diga que esta conjetura es imposible; por el contrario, la enseñanza bíblica permite esta clase de especulación reverente.

¿MEJORARÍA LA CONDICIÓN HUMANA SI SE DESCUBRIERA VIDA EXTRATERRESTRE?

Asumamos que existe un planeta habitado o habitable en algún lugar del cosmos. Asumamos también que algún día, ayudados por una ingeniosa tecnología, los seres humanos cruzarán el espacio interestelar y llegarán a ese planeta. Al dar por hechas estas dos colosales suposiciones, surge una cuestión pertinente: ¿revolucionaría ese descubrimiento la naturaleza humana? En lo absoluto.

LAS LIMITACIONES FÍSICAS DE LA HUMANIDAD

No obstante, antes de lidiar con ese asunto, miremos qué tan factible es viajar a planetas que están fuera

de nuestro sistema solar. Las citas que se dieron previamente en este librito muestran claramente que los científicos contemporáneos ya no consideran que ese viaje sea un sueño irrealizable. ¿No llegaron los humanos a la luna? Entonces, ¿por qué no creer que pueden llegar mucho más lejos en el espacio? Aunque los científicos piensan que aventurarse al espacio más profundamente está dentro de los confines de la posibilidad, también conocen las inmensas dificultades que deben superarse antes de que los humanos puedan saltar de un planeta a otro. Primero, antes de que se pueda construir un vehículo capaz de conquistar el espacio, hay que solucionar problemas técnicos de increíble complejidad. Segundo, el costo de construir una nave así sería astronómico, y los gobiernos podrían vacilar antes de gastar ese dinero. Tercero, si por el esfuerzo del

genio humano se produjera con éxito dicho vehículo, el mismo tendría que atravesar millones de kilómetros para llegar al planeta más cercano, pasando por un vacío muy frío donde podría ser bombardeado por una penetrante radiación o golpeado por meteoritos. Cuarto, independientemente de lo rápido que viaje esa nave espacial, le tomará mucho tiempo llegar a cualquier parte.

*Los científicos
conocen las inmensas
dificultades que
deben superarse
antes de que los
humanos puedan
saltar de un
planeta a otro.*

De manera que los obstáculos son sencillamente tremendos. Y sin embargo,

¿quién sabe? Puede que se superen. Además, los astrónomos señalan que si tratáramos de comunicarnos con alguna civilización distante de la cual hayamos recibido algún mensaje, el tiempo que nos tomaría recibir un mensaje de vuelta probablemente sería más largo que el tiempo de toda la historia humana. Es como si Adán hubiera hecho una llamada poco después de haber sido creado y el teléfono sonara en mi casa hoy. Si él hiciera una llamada con cargos a mi teléfono y yo contestara, ¡más vale que me prepare para recibir una cuenta telefónica gigantesca!

LAS LIMITACIONES EMOCIONALES DE LA HUMANIDAD

Hay otra pregunta que debe contestarse. ¿Cuál sería la reacción emocional de cualquier tripulación que un día cruce las fronteras cósmicas y lleve la vida humana a otros mundos?

Nuestros intrépidos astronautas, si llegaran a esos planetas, se verían obligados a construir estructuras protectoras fuera de las cuales no podrían sobrevivir. ¿Y qué harían allí excepto llevar a cabo investigaciones científicas como de vez en cuando se aventuran a hacer en sus trajes espaciales bajo estricta vigilancia? El aburrimiento, la monotonía y la tensión serían inevitables. Y además, la ansiedad los perseguiría y el saber que están aislados y solos podría ser demasiado para que la psiquis humana lo pueda soportar. Por ende, la reacción emocional podría ser devastadora.

LAS LIMITACIONES MORALES DE LA HUMANIDAD

Asumamos que los psicólogos escogen cuidadosamente tripulantes que puedan adaptarse a un ambiente extraño, distante y recluso. ¿Y si los humanos se

convirtieran en residentes semidomesticados de algún cuerpo planetario remoto? ¿Marcaría ese estupendo logro una diferencia esencial en la naturaleza humana?

***Un mes después
de que nuestros
descendientes lleguen
a ese distante
planeta, será muy
evidente que los
seres humanos, allí o
en cualquier lugar del
espacio, son iguales
que como eran
en la Tierra.***

Sí marcaría una diferencia en la esfera de la experiencia y el conocimiento humanos. Piense en lo que podríamos descubrir sobre la manera como el Creador estructuró el cosmos. Considere lo que podríamos aprender, sobre

todo si en algún otro lugar existen seres inteligentes que de alguna forma se parecen a nosotros con una historia y una cultura distintas. Asumiendo que estableciéramos una comunicación significativa, el impacto económico, educativo, político y social probablemente sería muchísimo más importante que la llegada de los exploradores al Nuevo Mundo.

Esa línea divisoria histórica nos motiva a preguntarnos de nuevo: «¿Cambiaría la naturaleza de la gente con un acontecimiento tan revolucionario?» La respuesta es No. Un mes después de que nuestros descendientes aterrizaran en aquel distante planeta, se haría muy evidente que los seres humanos, allí o en cualquier lugar del espacio, son iguales que como eran en la Tierra. Puede que su entorno sea sorprendentemente distinto, pero su naturaleza sería desalentadoramente igual.

Ya sea que estén en Marte o en Nueva York, tendrán las mismas cargas, problemas, temores, tentaciones, anhelos, frustraciones y pecados.

Ya sea que se encuentren en Saturno o en Chicago, seguirán codiciendo, riñendo y peleando. Estén en Urano o en Eureka, serán egocéntricos y buscarán lo suyo propio, y no tendrán poder alguno para curarse el egoísmo. Estén en Plutón o en París, la gente seguirá siendo perturbada por la avaricia, la ira y la lascivia.

C. S. Lewis, en su ensayo «La religión y la coherencia», hace hincapié en las deficiencias de la humanidad pecaminosa frente a la vida extraterrestre:

Yo temo a los problemas prácticos, no teóricos, que surgirán si alguna vez nos reunimos con criaturas racionales que no sean humanas. Si podemos, cometeremos contra ellos los delitos que ya hemos cometido contra las criaturas que,

ciertamente son humanas, pero difieren de nosotros en rasgos físicos y pigmentación; y los cielos estrellados se convertirán en un objeto al cual los hombres buenos podrán mirar sólo con sentimientos de una culpa intolerable, compasión agonizante y ardiente vergüenza. Claro que después de la primera manifestación de explotación haríamos un intento tardío de comportarnos mejor. Tal vez enviaríamos misioneros. Pero ¿se puede confiar en los misioneros? «Las armas y el evangelio» se han combinado horriblemente en el pasado. El santo deseo de los misioneros de salvar almas no siempre se ha mantenido separado del arrogante deseo, en otras palabras, el anhelo de los metiches, de, como le llama él, «civilizar» a los «nativos». ¿Reconocerían todos nuestros misioneros

una raza no caída si la encontrarán? ¿Podrían reconocerla? ¿Seguirían queriendo imponer a criaturas que no necesitan ser salvas, el plan de salvación que Dios ha diseñado para el hombre? ¿Denunciarían como pecados meras diferencias de conducta que la historia espiritual y biológica de esas extrañas criaturas justificaría plenamente y que Dios mismo habría bendecido? ¿Tratarían de enseñar a aquellos de quien más vale que aprendieran? No lo sé (sacado de *The World's Last Night And Other Essays* [La última noche del mundo y otros ensayos]).

Tal como nos advierte C. S. Lewis, los seres humanos, aunque nos encontremos en cualquier otro planeta, tendremos los mismos deseos que tenemos hoy. Las mismas tentaciones respecto a la carne y el espíritu —el orgullo, el

egocentrismo y la voluntad propia— nos seguirán dondequiera que vayamos. Y también nos seguirá el mismo impulso de encontrar significación a la existencia; las mismas preguntas sobre la vida y la muerte; el mismo anhelo de fe, esperanza y amor; la misma necesidad de una relación vital entre Dios y el hombre.

***A menos que
podamos cambiar
internamente de
alguna manera,
los cambios externos
no servirán para
hacernos distintos.***

La distancia no puede cambiar la naturaleza humana en lo más mínimo, pues por grande que sea, no puede separar a los humanos de sí mismos. Ante una desesperada situación

en la vida, todos sentimos la tentación de hacer las maletas y dejar atrás nuestros problemas. Ya sea que vayamos a Sudáfrica, la Riviera francesa o Hawaii, siempre nos llevamos a nosotros mismos. No hay escape a la condición humana. (Los filósofos llaman a esto el «apuro egocéntrico».) Y a menos que podamos cambiar internamente de alguna manera, los cambios externos no servirán para hacernos distintos. Si ha de producirse algún cambio significativo en los seres humanos, debe lograrse con los recursos disponibles ahora. Y eso significa tener una fe vital. Significa el evangelio de Jesucristo.

¿ES MUY PEQUEÑA NUESTRA PERSPECTIVA DE DIOS?

En su obra *Pale Blue Dot: A Vision Of The Human Future In Space* [Un punto azul pálido: Una visión del futuro humano en el espacio], Carl Sagan desafía a los creyentes que tratan de contener a Dios:

En algunos sentidos, la ciencia ha sobrepasado por mucho a la religión en lo que a causar asombro se refiere. ¿Cómo es que casi ninguna religión importante ha mirado la ciencia y concluido: «¡Esto es mejor de lo que pensamos! El universo es mucho mayor que lo que dijeron nuestros profetas, más sutil, más elegante. Dios debe ser incluso mayor de lo que soñamos». Pero en vez

de eso dicen: «¡No, no, no! Mi dios es pequeño y yo quiero que se quede así». Una religión, vieja o nueva, que haga hincapié en la magnificencia del universo tal como se revela en la ciencia moderna podría extraer reservas de reverencia y asombro que los credos convencionales apenas han tocado. Tarde o temprano va a surgir esa religión.

A pesar de las deficiencias de algunos de sus seguidores, el cristianismo bíblico ofrece precisamente esa perspectiva magnífica del Creador y el cosmos.

A pesar de las deficiencias de algunos de sus seguidores,

el cristianismo bíblico ofrece precisamente esa perspectiva magnífica del Creador y el cosmos. El Dios de la Biblia es lo suficientemente grande como para explicar todos los descubrimientos y las dimensiones de la astrofísica. Cada descubrimiento nos da más de la verdad de Dios para deleitarnos y maravillarnos.

Cada descubrimiento nos da más de la verdad de Dios para deleitarnos y maravillarnos.

Hay una diferencia inconmensurable entre la perspectiva impía de Sagan y la perspectiva bíblica, y sin embargo, podemos estar de acuerdo con su conclusión:

El paso más importante que podemos dar [hacia habitar otros planetas] es progresar significativamente en la

Tierra. Hasta las más modestas mejoras en los problemas sociales, económicos y políticos que hoy enfrenta nuestra civilización global podrían liberar enormes recursos, tanto materiales como humanos, para otras metas. Hay mucho que hacer aquí en la Tierra, y nuestro compromiso con dicho trabajo debe ser firme.

Aun más importante que las tareas sociales, económicas y políticas es la tarea de comunicar y poner en práctica la verdad espiritual. Un aspecto de esa tarea es revitalizar la marchitada perspectiva que mucha gente tiene de Dios. El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Creador, no sólo de la Tierra, sino también de los cielos, no es un Ser limitado. Él es el Espíritu eterno que llena todo espacio. Y existía antes de cualquier explosión.

Pero no tenemos que inventar un Dios más y más

grande que pueda explicar lo que Sagan llamó «la magnificencia del universo como la revela la ciencia moderna». Todo lo que tenemos que hacer es acudir al Dios revelado en la Biblia:

E hizo Dios las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; hizo también las estrellas (Génesis 1:16).

Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría. No hay lenguaje, ni palabras, ni es oída su voz. Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras (Salmo 19:1-4).

El cuenta el número de las estrellas; a todas ellas llama por sus nombres (Salmo 147:4).

¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis? dice el Santo. Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas; él saca y cuenta su ejército; a todas llama por sus nombres; ninguna faltará; tal es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio (Isaías 40:25-26).

Pero no tenemos que inventar un Dios más y más grande que pueda explicar lo que Sagan llamó «la magnificencia del universo como la revela la ciencia moderna». Todo lo que tenemos que hacer es acudir al Dios revelado en la Biblia.

¿Soy yo Dios de cerca solamente, dice Jehová, y no Dios desde muy lejos? ¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra? (Jeremías 23:23-24).

Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho (Juan 1:3).

Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros

pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas (Hebreos 1:1-3).

***Todas las cosas
por él fueron hechas,
y sin él nada
de lo que ha sido
hecho, fue hecho.
—Juan 1:3***

Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas (Apocalipsis 4:11).

EL RESCATE DEL PLANETA TIERRA

La magnificencia de Dios va más allá de explicar la magnificencia del cosmos. Por muy espectaculares que sean los avances de la ciencia y la tecnología, «su eterno poder y deidad» (Romanos 1:20) siempre llenarán las mentes y los corazones humanos de asombro y adoración.

El amor de Dios es tan inconmensurable como su poder. Su sabiduría es tan inagotable como su poder. Él no es una energía impersonal o la Fuerza cósmica. Es un Padre que se interesa, que se preocupó lo suficiente como para dar a su único Hijo para que fuera el Salvador. El Dios verdadero y de amor es lo suficientemente grande como para explicar la insondable complejidad de toda la existencia. Aunque su grandeza está más allá de nuestra comprensión, Él desea una intimidad de

alma con cada uno de nosotros.

El mensaje de que el Creador del cosmos ama y se preocupa por las únicas otras criaturas inteligentes que se sabe que existen físicamente en la inmensidad del espacio, es la verdad más significativa que el alma humana puede entender. La idea de la vida extraterrestre es una curiosidad. Pero el rescate de la humanidad perdida no está en la exploración del espacio. Nuestro rescate está disponible aquí y ahora en el planeta Tierra. Las buenas nuevas de reconciliación con nuestro Creador se descubren en la persona del Hijo de Dios, Jesucristo, Dios en forma humana que murió para que nosotros tuviéramos vida eterna.

¿Ha tenido usted un encuentro personal?